

SIMÓN COLLAO PERÉZ

Defectos y Errores

EDICIONES



FILACTERIA

Colección Narrativa
Levante



©Simón Collao
Defectos y Errores

Primera edición de 300 ejemplares: septiembre 2021

Director de colección: Rodrigo Peralta
Diseño y diagramación: Ediciones Filacteria
Corrección de estilo: Francisco Marín Naritelli
Fotografía de portada: Juan Carlos Rodríguez

ISBN: 978-956-9896-48-4
Reg. Prop. Int. N°: 2020-A-4770

E-mail: contacto@edicionesfilacteria.cl
Web: www.edicionesfilacteria.cl
[www.facebook.com/Ediciones Filacteria](https://www.facebook.com/EdicionesFilacteria)
simon.collao.p@gmail.com

Para Gema Pérez y Carlos Collao

"Las numerosas ocasiones se confundieron en su mente; el futuro y el pasado se convirtieron en indistinguibles. Lo que ya había experimentado y lo que experimentaría con el tiempo se fundieron de modo que nada restó en aquel instante."

Philip K. Dick

1

Nuestra historia se reduce a este instante. Esa idea se reitera constantemente por su cabeza mientras le toca mantenerse en la caseta vigilando el edificio.

Por las noches instalado en una silla, con las piernas heladas y muerto de frío, logra oír ese silencio extraño: el ruido de una gotera al compás y buses metropolitanos que a esa hora despiertan a viejos con el sueño muy liviano. Resulta inevitable darse vueltas en lo mismo, lo mismo de todos los fines de semana, mirar por aquí, mirar por allá, saturarse hasta el aburrimiento de TV cable mientras se encuentra esperando que suene el teléfono o llegue una motocicleta a entregar los periódicos que a la mañana siguiente serán consumidos junto a un suculento desayuno. A veces un gato distrae su atención mientras aguarda que el reloj avance lo más rápido posible y la vuelta del planeta haga aquello que tiene que hacer. Todas las noches justo a la mitad de su jornada de servicio una señora sale a pasear con su perro, aun con aquel

frío tremendo. Asume que lo hace por alguna razón que para él va a resultar incomprensible, no es que no se pudiera querer tanto a un animal, pero la sola idea de salir de su caseta a una noche como esa le parecía repugnante; repugnante la basura, repugnante los vagabundos, repugnante los perros y -nuevamente- el frío. Entretanto observa a la señora alejarse por uno de sus ojos. Hubiese dado un par de cosas por no estar allí, por estar acostado, por estar en su cama completamente envuelto, abrigado y tapado hasta las orejas, pensando que en cualquier momento podría levantarse a comer un pan tostado con mantequilla. Aquella tortura no podría considerarse como algo tan terrible, en realidad no tenía que hacer muchas cosas, casi nada. Miles de historias igual a la suya son vividas al mismo tiempo, cientos y cientos de vigilantes nocturnos esparcidos por edificios, fábricas, estaciones de tren, locales comerciales y universidades comparten aquel frío y aquel inmenso aburrimiento de 12 horas del turno más horas extra.

En la jornada de servicio por lo general no pasaba nada, uno que otro llamado, a veces la policía merodeando, buscando, siguiendo a algún compadrito que la farra se le fue de las manos. Por ahí otro sujeto que entre la borrachera para a preguntar alguna dirección. Así se le pasan las noches, una tras otra refugiado en su cubículo, mirando con esos dieciséis ojos de vigilante, deambulando sobre las caricaturas animadas del *Cartoon Network* o alguna serie televisiva que se encuentre de moda.

Al principio llegó a la conclusión de que era un desgraciado.

Una tras otras las personas que cruzaban el portón (que le tocaba

vigilar) le parecían estúpidos y despreciables, más que nada despreciables. No era que le molestara en demasía que muchos salieran sin saludarle, sin siquiera mirarle, como si ese timbre que accionó el portón fuese automático, como si no hubiese alguien que muriéndose de frío les abre el acceso al edificio. No, no era eso, en general estaba acostumbrado al desprecio.

Desde que recuerda, se ha sentido molesto y miserable, como una como un objeto muy diminuto, como el capitán de un barco a punto de naufragar, como si todo el azar de la existencia hubiese hecho de él un perro vago que se divierte corretiando las ruedas de los autos, pero que no está dispuesto a andar por ahí mendigándole comida a nadie. Cuando se entrecruza con este sentimiento le gusta quejarse e imaginar, el proceso es el siguiente: pasa alguien cualquiera, un vecino del lugar, él le mira fijamente, se acuerda de donde vive y quienes componen su familia (si es que la tiene), entonces le inventa una historia; amoríos, fracasos, trastornos psiquiátricos, problemas laborales etcétera, es decir, alguna tragedia sabrosa como para hacer andar su imaginación. Ve pasar a alguno y levanta su relato desde la crisis de pánico y el esquema se hila en su mente, hace como que se acuerda de los momentos amargos, de las semanas que pasó en su departamento, fumando, pidiendo pizza a domicilio y viendo la televisión... de los días que vinieron sus padres a verlo, y él que los echó en un par de horas, porque no soportaba que le restregaran en la cara el estado insalubre en que mantenía ese departamento (que pagaban a medias), que lo criticaban por no bañarse, que le recriminaban por no haber seguido con esa muchacha que les caía tan

bien, que era tan amable, tan pulcra y tan respetuosa, una madre ideal para sus nietos, que le restregaban en la cara su flojera, y que no le iban a aguantar más, que ellos no habían criado un hijo así, ¿en qué se habían equivocado?, ¿por qué no se parecía a su hermano menor? (...) tan responsable él, que había sacado su carrera en los cinco años y que ahora trabajaba en una empresa importante, con proyección a conquistar los mercados extranjeros. Se imaginaba esos padres que se irían rápidamente, sin mirarlo, subiéndose al Jeep, tocando el timbre para que les abriera el portón del establecimiento, y lo seguía imaginando ahí, echado, puteando, ¿qué se creían?, que no entendían su arte, que no entendían nada porque ellos vivían en su burbuja del barrio alto de la ciudad, en su casa con empleada y chofer, donde el piso brillaba, y ni una pelusa descansaba en el comedor, y lo veía aburrido, enrolando un cigarrillo de marihuana, quedándose dormido o pidiendo comida china, veía llegar al motorista con la comida, que lo saludaba sacándose los guantes.

- Buenas, compañero, voy al A 177- Y lo dejaba subir, porque ya sabía que no le responderían el intercomunicador, y lo imaginaba ahí, comiendo sobre una meza llena de libros de arte, porque en su imaginación el personaje era de esa calaña, comería con la tele encendida, solo, aburrido y sin ganas de salir a ninguna parte, esperando que a la mañana siguiente aquellos a quienes acababa de echar le depositaran un poco de dinero para seguir con ese ritmo de vida.

La situación es simple, toda épica necesita un lugar, una Troya; su lugar es la caseta de vigilancia de un edificio, es el conserje del lugar. Es un joven como muchos otros y por las noches le toca velar por el buen descanso del resto, la caseta es de dos colores: blanca y ladrillo, sus dos paredes frontales están coronadas por grandes ventanas, diseñadas para que pueda observar tanto lo que ocurre hacia el edificio como cerca de él. Frente a él hay un mesón con artículos, el más importante de ellos es la pantalla que proyecta aquello que las cámaras de vigilancia capturan en tiempo real, el resto de las cosas son objetos comunes: un reloj, un panel eléctrico, un calendario, interruptores variados y así. La rutina parece compartida, eso debe ser así, la idea se repite y se volverá a repetir constantemente, en el momento en que él está ahí tiene que haber muchos otros existiendo, haciendo lo mismo, sufriendo lo mismo, si de algo le sirvió haber llegado hasta allí es saber que él no es tan especial como pensaba y que tiene que hacer lo que sea necesario para sobrevivir, el presente le parece un eterno mientras tanto.

La caseta es el *locus*, eso tiene que ser así, y en cuanto locus las condiciones que le rodean no pueden limitarse exclusivamente a la construcción física del espacio donde le toca estar recluido, tiene que haber para él algo más, algo así como algún significado oculto que logrará descubrir después de haber meditado lo suficiente. ¿Cómo llegó hasta allí? No está muy seguro de esa respuesta, y tampoco está muy seguro de cuando saldrá de allí, o de si efectivamente quiere salir de aquel lugar. Como se dijo, las cuatro paredes son también un lugar seguro, y como se entiende, un locus no

se limita exclusivamente a un lugar, es tanto tiempo como espacio. El resto de la descripción se volverá innecesaria, él lo entiende suficientemente bien y con eso basta.

Suena el citófono, alguien le pregunta si ha llegado una encomienda desde el extranjero, él responde que no ha llegado nada todavía.

3

No le gusta mucho hablar con la gente, le complica el hecho que al momento de abrir la boca alguien pueda darse cuenta de esa estupidez tan íntima que posee, de eso sumamente suyo y desconocido que lo hace avergonzarse. No le gusta conversar debido a que le resulta desagradable, le resulta desagradable porque le molestan los temas superficiales, todo aquello del clima, del equipo de fútbol que va ganando el campeonato nacional, del asesinato que llena las crónicas policiales o el nuevo robo del siglo que sirve para que ejércitos de reporteros justifiquen su cheque a fin de mes. No es que no les guste hablar, más bien lo que le desagrada es no tener la palabra precisa, le desagrada irse en rodeos y no poder caracterizar aquellas historias que sabe, con todo ese sabor que tiene en su mente, no poder verter todos esos aromas y esos colores en palabras, en sonidos que se articulan en su garganta, paladar y lengua, los sonidos le parecen insípidos e insuficientes. Quizá por eso -piensa- eligió aquella ocupación, por eso eligió escapar de la facultad tan llena de charlatanes que dicen entender a Hegel, tan llena de seres angustiados, cargados de una depresión con apellido extraño, o cuanto trastorno se diagnostica en el tiempo que le tocó vivir. El asunto del ser nunca se lo

creyó mucho, hasta que finalmente optó por no creerle a nadie. Piensa que hay demasiada chifladura suelta. Mientras tanto el reflejo de la pantalla se proyecta en una de las mamparas de vidrio. Y así pasa el tiempo y se condena a ese pequeño (o tal vez no tan pequeño) castigo para poder sobrevivir, para parar la olla y pagar la pieza donde habita. Le alcanza también para beber sus tragos e ir al cine de vez en cuando. Le gusta ir solo y por las mañanas, a una antigua sala que se encuentra en medio de la ciudad. Es como un ritual que cumple cada cierto tiempo desde que llegó ahí. El cine no está muy lejos de la pieza. Su ritual funciona así: se levanta por la mañana y se prepara un desayuno consistente en una paila con tres huevos, una marraqueta y una taza de té. Siempre es el mismo desayuno, una sola vez tuvo que comer en vez de una marraqueta un pan de molde, aquello lo lamentó profundamente los días siguientes. Luego del desayuno procede a lavarse los dientes por cinco minutos relativamente exactos, se afeita, se lava la cara y se viste con su tenida semiformal: pantalones de tela negros, zapatos de punta fina (su único par) y una camisa desteñida, a veces cuando es invierno ocupa un paletó que le heredó su abuelo. Luego de todo el proceso que lo lleva a salir a la calle, se dedica a caminar en dirección al centro de la ciudad. Le gusta caminar por las mañanas mirando los edificios acercarse poco a poco. A veces piensa que debería haber intentado ser arquitecto, desde siempre le han gustado las formas disponerse en el espacio, por sobre todo los edificios. Cuando los mira desde lejos y en perspectiva se imagina titanes enormes; gigantes aprontándose para la batalla, para conquistar el Olimpo y matar a

ese cúmulo de dioses egoístas y mal nacidos. Le gusta disfrutar ese tiempo de latencia antes de llegar al cine sintiendo un paso delante de otro, sintiendo el movimiento de sus zapatos sobre los adoquines desgastados y la respiración medianamente agitada.

Mientras avanza va mirando los faroles y tiendas que aparecen cada vez que esta más cerca del centro. En esos momentos otro aspecto que le llama tremendamente la atención son los perros de la calle, esas sociedades de batos locos que deambulan día y noche por la ciudad buscando comida, peleándose entre ellos o persiguiendo a una perra. Los perros siempre le han llamado la atención, muchas veces se ha sentido tentado a tomar el camino de Diógenes: armarse una casa con cartones y vivir en ella con dos caninos socios, uno chico y uno grande; el chico se llamaría Sansón y el grande Satanás. Eso sí, no iría a vagar sin nada, su arma secreta sería tener un triciclo. Se imagina con la barba crecida, cochino a más no poder, calzado con un chaleco reflectante y manejando su nave por entre las calles de la ciudad. Arriba de la nave el Sansón y el Satanás viajando cómodamente, con la lengua afuera y ladrándole a los automóviles que se les acercaran demasiado. La idea en realidad no era tan absurda, podría sobrevivir vendiendo uno que otro cartón, y reciclando uno que otro electrodoméstico que algún socio del sector da de baja. Ese destino le resulta tentador, esa libertad mezclada con inmundicia, el hecho de pertenecer a una manada, quizá todo esto se ve reforzado debido a que no le gusta -mucho- hablar con la gente.

Como se estaba diciendo, el cine desde siempre le ha llamado la

atención, no las películas como tal, sino el cine como espacio, la película de turno parece más una excusa para otra cosa a la cual se va a enfrentar. Le parece curioso que por la módica suma de lo que cuesta el boleto se pueda sumergir por un tiempo en un mundo cerrado, en un mundo húmedo y oscuro, en donde solamente se escuchan las toces y risas de las gentes alrededor. Para él es como estar solo y acompañado a la vez, y en ese proceso adentrarse a un mundo distinto al suyo, el cual se ve reflejado en la pantalla. Así también, desde siempre le parece una barbaridad insoportable la profundamente arraigada costumbre de engullir alimentos mientras se ve un filme. No logra entender como pervierten ese momento -para él- sacro y de profunda intimidad consumiendo golosinas, caramelos y cuanto producto ofrece el local a la entrada de la sala. Por eso prefiere aquel viejo cine del centro de la ciudad, aquella sala que en invierno es helada como frigorífico, que tiene viejas butacas de madera las cuales chillan cada vez que el espectador se mueve, por leve que sea el desplazamiento de su cuerpo. Al viejo cine no suele ir demasiada gente, está compuesto de una sala única y no ofrece las comodidades de sus competidores tales como *bowling*, restaurant de *mexican food*, y convenio con una enorme compañía transnacional de telefonía celular y TV paga. Para él ese espacio romántico estancado en el tiempo; en un tiempo de una cadencia más lenta, de paso firme y paseo por el centro de la ciudad significa un encuentro con algo que olvidó y espera recordar en algún momento. Por todo esto, su ritual es en solitario, en realidad la película muchas veces es una excusa, aunque, por lo general

queda satisfecho con su elección cinematográfica, tal vez por la cartelera del local que se compone principalmente de cine arte (...) aunque nunca ha entendido muy bien esa categorización; ¿cuál cine es arte? ¿cuál no?, aquello se lo suele preguntar cada cierto tiempo, ¿hay un cine más arte que otro o la diferenciación es dicotómica? (...) para él el punto máximo del cine como expresión de arte eran las películas de Cantinflas, esas joyas máximas del cine mexicano donde lo sublime y lo grotesco bailaban el mismo tango (o corrido más correctamente dicho), ese cine de denuncia que era a la vez un carnaval en las pantallas y donde el protagonista de argumentos descabellados decía todo sin decir nada y así sucesivamente... Podría pasarse días viendo esas cintas, una detrás de otra.

Una vez, hace algún tiempo, cuando todavía rondaba por la facultad, le pasó una historia de esas que se cuentan luego como anécdota de desfachatez y poco aprecio por la integridad física, de esas que le permiten al futuro oidor hacerse una idea de la clase de sujeto a la que corresponde el protagonista de la historia. En realidad, y en perspectiva, todo le parecía bastante más burdo y estúpido de lo que en realidad fue. La cuestión es simple, en aquel lugar que frecuentó durante un tiempo es costumbre que las personas se junten a beber entre los rincones más o menos olvidados. Como es de esperar él no quedó ajeno a ese ritual. Por ahí hay pedazos de terreno en los cuales entre manchones de tierra y pasto la gente se sienta en un círculo, cual tribu milenaria, y comienzan lo que algunos estudiosos del comportamiento humano han llamado “socialización”. A veces, como en

este caso, dos circunferencias conformadas de personas se encuentran muy próximas y estas tienden a unificarse o, por razones obvias, a tomar una distancia los unos de los otros. Esta vez no fue así, el grupo donde él se encontraba lo componían tres sujetos más y se situaba parasitario de otro grupo más grande, las cosas transcurrían en una cotidianidad aparente: risas, humos de cigarrillo, botellas de vino, cerveza corriendo de mano en mano y de un lado para otro. Él no conversaba mucho con el resto, a lo más se limitaba a disfrutar del efecto que el vino producía en su cuerpo, junto con uno que otro narcótico. Mientras tanto un compadre tocaba una canción en la clásica guitarra de palo y así aquello transcurría normalmente. Todo hacía pensar que nada particular ocurriría en aquella velada, pero no, hubo un pequeño detalle, a los ojos de todos insignificante, pero que cuando se sumaba él a la ecuación, el resultado esperable era toda aquella situación de caos y absurda violencia que luego ocurriría. Siendo claros, para la vida de todo el resto de los protagonistas el hecho no revistió mayor importancia, excepto para él, porque más allá del rencor cotidiano, el desenfreno no era una emoción la cual soliera visitar. Mientras bebía unos tragos de una botella, cerca se escuchaba hablar a un sujeto, probablemente estudiante de cine, sobre lo sobrevalorado que se encontraba en la actualidad el cine mexicano y particularmente esa reverenda mierda (palabras literales del sujeto) que eran las películas de Mario Moreno (jamás el sujeto en cuestión se refirió a tan famoso personaje como Cantinflas). Él lo escucho un tiempo, y en ese tiempo sentía que todo el odio del mundo se anidaba en su corazón y se

dirigía poco a poco hacia su colega erudito del séptimo arte. Era como si su infancia se quebrara poco a poco, como si alguien, así de repente, le restregara en el rostro que en realidad su infancia no había sido ese día soleado en el parque que recordaba, sino un día de rutinaria mierda como tanto otros que había vivido. No pudo soportarlo, jamás fue un sujeto particularmente violento, pero esta afrenta no podía soportarla. Entre canciones guitarreadas que animaban el ambiente, le llegó una botella a la mano, procedió a beber de un trago y lentamente el contenido que le quedaba al envase, se levantó, también lentamente y se acercó a quien continuaba hablando de cine (ahora de cine alemán), y antes de que cualquiera pudiese entender lo que en realidad estaba ocurriendo, dejó caer la botella junto a todo el peso de su cuerpo sobre la incauta cabeza de su víctima, las guitarras dejaron de sonar súbitamente y el estrépito de vidrios quebrados cayendo y desparramándose resultó imposible de ignorar, había sangre. El resto de los sucesos resultaron confusos y algunos inverosímiles. Según él, se mantuvo en el lugar un tiempo recibiendo y otorgando golpes de la gente que se sumaron a una batalla campal, la cual se organizó rápidamente en dos bandos, aun cuando no se distinguía con claridad cuáles eran cuales, ni nadie entendía muy bien qué estaba pasando. Según otros la pelea duró una media hora y fue entre bandas rivales, o una quitada de droga. No hubo heridos de gravedad y para las autoridades pasó como la clásica riña producto del exceso de alcohol. No sabe como logró escapar de esa paliza. Se recuerda que llegó a su casa, se recuerda que se sentía vivo, se recuerda también, que tenía miedo.